

Reto Café Literautas 4 - Experiencias

Principal: Debe contener “foto” “elefante” “aguijón”

Opcional: Que alguien pierda la memoria

Longitud máxima: 750 palabras

—Sílix, mírame.

El hombre abandonó la expedición al fondo de su copa y regresó al sucio bar, frente a la barra, justo donde había dejado a su cuerpo. A su lado se encontraba una mujer joven. Se preguntó si tendría edad para entrar en aquel sitio.

—¿Te conozco?

La mujer sonrió.

—Es la primera vez que me ves.

La mujer se mantuvo inmóvil, sonriente. Lo observaba de una manera extraña que tras varios segundos le comenzó a incomodar.

—¿Cómo sabes mi nombre?

La joven pidió al camarero lo mismo que él estaba bebiendo. Se encaramó al taburete anexo y volvió a fijar sus ojos en él.

—¿Te apetece escuchar una historia?

El interés ya había despertado. Estaba hambriento y sería muy complicado hacer que se durmiera sin comer. Él asintió y la joven volvió a sonreír.

—Mi escala de tiempos es diferente a la tuya. Para mí, los universos como este nacen y mueren al igual que para ti las personas. Lo he visto todo, pero no preví esta situación.

El hombre dejó escapar una carcajada.

—¿Qué situación? —Preguntó divertido.

La mujer ya no sonreía. Lo miró con fijeza hasta que él, algo intimidado, abandonó su actitud de burla.

—No deberíamos habernos cruzado hasta que estuvieses muerto. —Su mirada seguía clavada en su extraño interlocutor. —Sílix, tú eres mi aprendiz. Lo has sido durante miles de años. Desde el principio. Has vivido la vida de cada persona del pasado, presente y futuro. Y el cuerpo que habitas ahora es el último que vas a ocupar. Cuando mueras y vuelvas a casa, estarás preparado para crear tu propio mundo y enseñar al aprendiz que se te asigne.

Aquellas palabras, como aguijones, se clavaron en su mente. No necesitó terminar su whisky para ver ratones azules o elefantes rosas. Aquella revelación, por inverosímil que pareciese, era suficiente para embriagarlo. No supo qué contestar, y la mujer continuó.

—Tras morir, recuperarás la memoria poco a poco. Verás todas las experiencias de todas las vidas del mundo como si observaras una foto. Porque eres tú quien las ha vivido.

—Y, ¿qué quieres que haga entonces?

La joven dio un trago a su copa.

—He cometido un error. Tras tanto tiempo observando este mundo, quise entrar en él. Echaba de menos mis días de aprendiz, cuando vivía una vida tras otra sin ser consciente de que todas las personas con las que me cruzaba eran versiones de mí misma que ya había vivido o estaba por vivir. Cuando mi maestro me lo explicó, cuando estuve preparada para crear mi propio mundo, este mundo, me arrepentí de no aprovechar todas esas experiencias como se merecían. Decidí que antes de que tu entrenamiento terminase, debía visitar mi creación. Quise vivir una vez más. Y ahora estoy atrapada en este cuerpo, en este tiempo. Sílix, solo tú puedes ayudarme.

—Estás mal de la cabeza.

Un reflejo de decepción cruzó el rostro de la joven, seguido de una expresión resignada. Suspiró hondo.

—Por un momento, pensé que me creerías. En fin. —Con un gran trago dio buena cuenta de su copa. —Me creas o no, no olvides este encuentro. Reflexiona sobre él, si quieres. Pero cuando mueras y recuerdes, por favor, tráeme de vuelta.

La joven dejó el vaso en la barra y bajó del taburete. Sílex observó cómo desaparecía por la puerta del bar.

SEGUNDA PROPUESTA

—¿Los ves, Corvin? —Pregunto ella.

—Sí. Los veo —Contestó él mientras observaba el mundo.

—Hasta hace poco, tú pensabas que eras uno de ellos.

—Aún me resulta extraño.

Ella planeó hasta él. De su núcleo surgió un apéndice etéreo que a él le pareció amenazante. Se asustó e intentó escapar a su contacto, pero su madre vibró para tranquilizarlo. Acababa de conocer a su madre. Su actitud era pacífica y Sílex, en aquellas vibraciones en su materia, veía paz. Tras un momento de duda, Corvin se armó de valor y dejó que ella removiese con afecto su materia. Era la primera vez que experimentaba el contacto real de otro ente como él, y le pareció agradable. Había estado toda su vida entre humanos, siendo uno de ellos. Muchos de ellos. Ahora, cuando había alcanzado la edad suficiente, le tocaba aprender las formas de su raza.

—Te entiendo, hijo mío. Pronto lo verás todo como una foto impresa en tus enlaces. Recordarás tus experiencias dentro de todos los cuerpos que has habitado, y tu formación estará completa.

—¿Cuántas vidas humanas he vivido?

—Todas, Corvin.

La materia de su cuerpo se tornó casi transparente ante aquella revelación. Su madre se dió cuenta y abandonó el contacto, preocupada.

—¿Cómo es posible? Si la vida en el mundo ha continuado tras mi muerte.

—Cuando miras ahí abajo —dijo ella, alargándose hacia la Tierra, —aquellos que ves son vidas que ya has vivido, solo que están más adelante en la línea temporal en la que los humanos están confinados.

Corvin aún no había recuperado su opacidad habitual. Aquellas palabras carecían de sentido para él, todavía. Su madre, comprensiva y paciente, vibró de nuevo con afecto y trató de explicarse mejor.

—Yo creé este universo con el único propósito de que aprendieses a vivir, hijo mío. Todas las madres lo hacemos, cada una a su manera. Mi creación es ésta, tal y como la has conocido. Los humanos no pueden moverse en el tiempo porque así lo decidí. Pero nosotros sí que podemos.

Para añadir peso a sus palabras, su materia se redistribuyó de forma que, por un momento, pareció metálica. Y el planeta cambió bajo sus ojos. De pronto, Corvin observó un mundo antiguo, habitado por nómadas que seguían manadas de yak y de antílopes. Su madre se metalizó de nuevo y él pudo ver a la humanidad dejando atrás la Tierra para explorar el cosmos. Ella volvió a su opacidad natural y habló de nuevo.

—Cuando morías en el cuerpo de una científica del siglo XXI, nacías en el cuerpo de un cazador de elefantes del siglo XIX, y después en el de un soldado del XXV... Para nosotros el tiempo no es más que otro parámetro en el que nos podemos desplazar.

—Entonces, cada vez que ayudé a otro ser humano...

—Te ayudaste a tí mismo.

—Y cada vez que discutí con...

—Discutiste contigo.

Corvin se quedó pensativo. Había perdido su transparencia y su forma estaba fija, estática. Su madre lo observaba orgullosa mientras él comenzaba a comprender.

—Entonces, ¿ya está? ¿No voy a volver?

—No. Ya has vivido todas las vidas de la historia. Tu aprendizaje está completo.

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora te toca a tí crear tu propio universo para enseñar a tu hijo.

Corvin observó de nuevo el único mundo que él había conocido.

—¿Por qué no usamos éste? A mí me ayudó.

—Porque éste ya ha cumplido su función. Su destino ahora es desaparecer —su madre se hizo pequeña y Corvin notó su pena. —Y yo con él.

Acababa de conocer a su madre y era imposible que hubiese desarrollado afecto hacia ella, si es que aquello existía fuera de la mente humana. Pero, era extraño. Le apenaba que se marchase para siempre. Ella, que había creado todo un universo para él.

—Y, ¿cómo aprenderé si te vas?

—Tienes en tí todas las experiencias de la humanidad. Aprende de ellas. No tengas miedo, hijo mío.

Su madre comenzó a expandirse hacia su creación. Se hizo grande, enorme, hasta que su materia se confundió con la de su universo. Después, Corvin observó cómo todo se apagaba de forma gradual, hasta que solo quedó él, perdido en el vacío.

Conoció a su madre de forma fugaz, lo suficiente para saber que ella le había dado todo. Tenía lo necesario para hacer lo que se esperaba de él. Pero ella se había ido y el dolor era un aguijón en un corazón que no existía. Y, de todas sus experiencias, de todas las vidas habidas y por haber, ninguna tenía solución para eso.